

Neyra Patricia Alvarado Solís, María Isabel Mora Ledesma
y José Javier Maisterrena Zubirán (coordinadores).
Huellas en el desierto. Trabajo y ritual en el norte de México.
San Luis Potosí: El Colegio de San Luis. 2011.

¿De qué desierto se habla en este libro? Del que está situado en el septentrión mexicano, el desierto de Chihuahua y Sonora, territorio que fue de la Gran Chichimeca.

En la “Introducción” de este libro colectivo, el historiador Carlos Manuel Valdez, después de comentar, con certeza, que el desierto está lleno de vida y que sus habitantes históricos lo han disfrutado largamente, escribe un párrafo que es menester citar:

Los hombres de la cultura mediterránea no tuvieron la capacidad de comprender y asumir sus diferencias respecto a los aborígenes, menos de aceptarlas. Llegaron en son de conquista, amparados en la certeza de poseer la verdad porque poseían la fuerza. Occidente fracasó en el entendimiento y triunfó en el dominio porque no fue capaz de reconocer al otro, al diferente, tanto que tuvo que imponerle una ristra de apodos: bárbaro, salvaje, inhumano. La cultura de siglos, expuesta en lo que consideraron siempre sus raíces: la filosofía griega, la religión judía y el derecho romano eran, a la vez, las tres columnas en las que se sostenía su incompreensión de los nómadas del desierto y, también, el refugio para la apatía de los mejores hombres o el genocidio llevado a cabo por los peores (página 10).

El lector que transcurra por la “Introducción” de este libro, escrita por Carlos Manuel Valdez, obtendrá una visión acertada de la obra. Alguien podría pensar que ello inhibe continuar con la lectura; todo lo contrario: la “Introducción” alienta al lector a sumergirse entre las hojas de una obra fascinante.

¹ Universidad Intercultural de Chiapas. Correo electrónico: institucional@unich.edu.mx

En la primera parte de *Huellas en el desierto* se documenta lo que se quiere decir con la afirmación de que el capitalismo se expandió por la vía del colonialismo. La minería y la sal, que es también minería, son puntales en esta penetración de un modo de producción que ostenta la capacidad de incorporar relaciones de producción que se le suponen atípicas.

El texto de Carlos Rubén Ruiz Medrano documenta el proceso que ensambla a la minería con la agricultura y con toda forma que el colonialismo encontró para afianzar su presencia y dominio. Pero también reitera la importancia de entender las historias regionales y los ámbitos concretos en los que se desarrolló la cultura en la Nueva España. La frontera se expandió al compás de la explotación de multitud de seres humanos que trabajaron en los socavones o en la extracción de la sal. Carlos Manuel Valdez apunta en sus comentarios de presentación que los “hombres de la cultura mediterránea” vinieron a conquistar amparados en sus convicciones porque poseían la fuerza. La religión de la caridad se fue al pozo, emergiendo en toda su crudeza la frialdad del capital. Sal y metal fueron enlazados en aquellas vastedades territoriales cubiertas por el desierto. Los pasos de los caballos abrieron los caminos por los que la codicia transitó tirando por la borda los fundamentos del cristianismo. Ese siglo XVI novohispano está signado por el abrir de minas, la búsqueda incesante del oro y de la plata, sin importar el “otro”, el sujetado a despojo. Bien escribió Marx que “el capital llegó al mundo chorreando sangre”.

Si ya el texto de Carlos Rubén Ruiz nos ha dejado con la convicción de la importancia de las salinas de Peñol Blanco para explicar el auge minero, además de su influencia en el altiplano potosino, David Eduardo Vázquez reitera la importancia de la sal para explicar los mecanismos de organización del trabajo en el mismo altiplano potosino. La historia de El Tapado, un ejido contemporáneo, demuestra la continuidad de las herencias coloniales en plena era que algunos llaman con entusiasmo, posmoderna.

La relación sal-plata siguió vinculando historias regionales y antropologías locales, hasta que nuevos métodos de extracción del metal la desecharon, ocasionando el derrumbe de pueblos enteros, como es el caso de El Tapado, pueblo de salinas que llegó a alcanzar cierta prosperidad. Los sucesos nacionales cuentan para el destino de estos pueblos, como también lo ilustra el devenir de El Tapado al fragmentarse la propiedad

a causa del reparto agrario y una despoblación que se hizo evidente al iniciarse la década de 1970.

De las salinas al agua. Este es uno de los temas más importantes en un contexto de desierto. Lo es más cuando una ciudad de las dimensiones de San Luis Potosí se dispara en su crecimiento, amén de que sus habitantes no son conscientes de que viven en el desierto.

En un texto esclarecedor, Hortensia Camacho narra y examina un proceso social en relación con el abasto del agua en la ciudad de San Luis. Los círculos de poder concibieron el control del agua no sólo como un factor económico, sino también como un elemento necesario para situar la ciudad en la modernidad y dotarla de prestigio. En una ciudad de “ecología árida”, como escribe Hortensia Camacho, sus habitantes construyeron un patrón de asentamiento dividido en barrios, y éstos, a su vez, se concibieron con las casas habitación pegadas a las huertas para aprovechar las aguas del río Santiago, además de los pozos. La presión resultante del crecimiento de la ciudad hizo que el agua se convirtiera en un recurso en disputa. El cosmopolitismo de la urbe trajo consigo espacios de esparcimiento público que incrementaron significativamente el consumo de agua. San Luis se convirtió en una ciudad modelo para los círculos de poder que invocaban sus refinamientos. El problema es que estos “refinamientos” exigían más y más agua. Hortensia Camacho documenta el proceso que en medio de transformaciones sucesivas y con el agua como elemento vital, colocó a la ciudad de San Luis Potosí en el centro de la modernidad mexicana.

En contraste con la ciudad de San Luis Potosí y su área aledaña, la agroindustria en el desierto, ejemplificada en el Valle de Arista, apunta hacia otros factores, pero con el control del agua como una constante. Estamos en el desierto del altiplano potosino que ha sido estudiado por Isabel Mora y Javier Maisterrena, entre otros. En el Valle de Arista se implantó una agroindustria depredadora, lo que explica el agotamiento cultural, social y natural de esa región. Es la estrategia de modernización del campo la que condujo a la crisis que enfrenta la población. Estamos hablando de procesos relativamente recientes documentados por Javier Maisterrena para explicar el fomento de la agroindustria así como las consecuencias de la modificación de la legislación agraria, entre ellas, el abandono de las tierras y la migración hacia Estados Unidos.

El caso documentado por Maisterrena es el cultivo del jitomate. A través de la descripción de este caso, Maisterrena demuestra que el Estado nacional mexicano alteró a tal grado la economía campesina que desarticuló sus resortes productivos, y es eso lo que transformó el Valle de Arista en un desierto social al empujar a la gente fuera de sus tierras. De nuevo, los mantos acuíferos soportaron la expansión capitalista de la agroindustria, bien ejemplificada en el caso de los empresarios sina-loenses que explotaron el Valle. La sobreexplotación acabó con el agua y desertizó el paisaje. Maisterrena escribe que todo este desastre tiene un beneficiario: el capital.

Desde las salinas a la agroindustria, pasando por los procesos urbanos, los textos de *Huellas en el desierto* llegan hasta la reflexión de la trashumancia, una forma de vivir, una cultura, prácticamente desconocida en México. La caprinocultura trashumante se remonta al periodo colonial, y está relacionada con las estrategias de poblamiento impulsadas por el Estado español, que configuraron rutas trashumantes que pasaron por San Luis Potosí y por todo el noreste del país actual que es México.

Isabel Mora escribe, sobre la cría de las cabras, reflexiones que resultan de un periodo de diez años trabajando el tema. Desde la información de cómo, cuándo y dónde se introdujo el ganado caprino a la Nueva España hasta la descripción de los actuales criadores de cabras, Isabel Mora conduce al lector por veredas escasamente transitadas por la antropología en México. Más aún, el texto incluido en *Huellas en el desierto* anuncia un trabajo comparativo más amplio entre las formas de vivir de los cabreros de México y las de los cabreros Argentinos. En ambos casos se trata de un minucioso trabajo de campo que faculta a Isabel Mora para escribir una detallada etnografía de una forma de vida campesina cada vez más asediada por las burocracias estatales que, no sólo no la entienden, sino que son insensibles a toda tradición cultural, excepto aquellas que les reditúan poder y dinero.

Así se cierra la primera parte de *Huellas en el desierto*. En la segunda, el desierto es el escenario de una vida ritual compleja, como lo demuestran los trabajos de Paulina del Moral, León García, Arturo Gutiérrez y Neyra Patricia Alvarado.

La simbolización del espacio es uno de los aspectos más interesantes discutidos en *Huellas en el desierto*. La población mestiza que aporta

estas simbolizaciones es ejemplificada por la que habita y usa el cañón de Jimulco, entre Coahuila y Durango. Paulina del Moral reconstruye las rutas y caminos de los peregrinos, y nos muestra, a mi parecer, la forma en que se marca y delimita un territorio en las circunstancias de un desierto. Desde el punto de vista de la etnohistoria, este texto es una guía para hurgar en el pasado. Víctor Turner y la escuela procesualista, derivada del estructural-funcionalismo de Max Gluckman, además de los análisis antropológicos del símbolo, son conjuntados por la autora del texto, junto con los planteamientos de Arnold Van Gennep, que hace tiempo se veían ausentes en los trabajos de los antropólogos mexicanos.

En el texto de León García Lam, “El desierto como paisaje ritual”, se comentan ángulos muy sugerentes en la elaboración de la complejidad de la noción de desierto, junto a otras como local y foráneo. Bien dice García Lam que la noción más extendida de desierto remite a un lugar inviable para la vida. Pero para los usuarios del desierto, no es así. Y una de las formas de vivir con intensidad el desierto son las peregrinaciones. La etnografía del santuario de la Torrecillas y el uso de los resultados de otros trabajos, como los de Robert Shadow o los de Neyra Alvarado Solís, le otorgan consistencia al texto de García Lam y demuestra no sólo la utilidad de la comparación, sino la capacidad humana de constituir colectividades para enfrentar los retos de la vida.

La peregrinación a Wirikuta sigue llamando la atención de los antropólogos y con sobrada razón. La complejidad de esa peregrinación admite varias explicaciones e interpretaciones, como la que plantea Arturo Gutiérrez del Ángel, quizá uno de los antropólogos contemporáneos con más experiencia de trabajo entre el pueblo *wixárica*. Apoyado en la tradición de análisis estructural que entre otros, inauguró Ferdinand de Saussure y que continuó Claude Lévi-Strauss, del Ángel elabora una etnografía contemporánea de la peregrinación a Wirikuta asociada a varios y complejos aspectos de la cultura *wixárica*. El proceso es narrado con pulcritud porque el trabajo de campo se llevó a cabo en profundidad a lo largo de varios años de acompañar a los huicholes en su camino ritual. El texto contiene un análisis que rebasa el sólo aspecto de la peregrinación para hacer una reflexión del orbe cultural *wixárica*. Es el amanecer de la vida, su desarrollo, con el desierto como escenario, lo que la peregrinación a Wirikuta en búsqueda del peyote y del venado, significa. El texto

de Arturo Gutiérrez hace honor a la complejidad del mundo *wixárica* y llega en un momento en el que los ataques a este mundo por parte del capital local y transnacional amenazan con desaparecerlo.

“Peregrinos y ancestros en los laberintos del desierto mexicano” es el título del texto de Neyra Alvarado Solís, una de las etnólogas con más experiencia en el estudio de las peregrinaciones en México. La combinación de la ecología cultural con el estructuralismo que procede de Galinier hace de este texto una pieza de discurso antropológico muy interesante. Pero el tema central es lo que le da al texto su atractivo mayor: las peregrinaciones en el desierto son un viaje al pasado para reafirmar el presente. Es un desierto que guarda la historia de incontables linajes humanos, grupos de parentela, vecindades, rituales, vidas, que peregrinan con los peregrinos para trazar rumbos al presente, continuándose y descontinuándose con el pasado. La vida es continua a través de la cultura, de las creaciones humanas; dicen las peregrinaciones que en el desierto mexicano se suceden como anillos que enlazan y desenlazan el pasado y el presente. Es un tema que Neyra Alvarado maneja con amenidad y maestría, probando, una vez más, que el trabajo de campo en profundidad sigue siendo el sello del quehacer antropológico.

Huellas en el desierto es un notable esfuerzo por hacer antropología e historia desde la óptica de las vivencias locales. Libros así renuevan a la antropología y la historia que escribimos en México, no sólo por los nuevos escenarios etnográficos, sino también por los alientos teóricos que profundizan en la comprensión de un país inmenso en la diversidad, como lo es México.

NAYARIT, A 25 DE NOVIEMBRE DE 2011.